

IV

— ¡ Bueno ! ¿ Vale algo este volumen ? — preguntó el señor Babín golpeando con la enjuta mano, la estampada cubierta del libro de la Marquesa.

— Son poesías, como las que puede escribir un buen alumno de retórica, con auxilio del diccionario de la rima. La inexactitud de expresión triunfa...

El que acababa de pronunciar este juicio, con acento contundente, era el formidable Malatiré. Florisa, recostada en una butaca de su gabinete, alzó la vista hacia los dos ancianos, y dulcísimamente :

— Es mejor y es peor — dijo. — El alumno no tendría las picardías de estilo de esta poetisa, pero tampoco sería tan enormemente presuntuoso. A recorrer estas páginas, se ve que el autor está convencidísimo de la originalidad aplastante de lo que escribe. Esta dama tenía seguramente condiciones naturales que han quedado anuladas ante el afán de producir efecto. Los que la rodean, le han dicho que poseía genio, se lo ha creído y ha perdido el exiguo

talento con que contaba, ¡ Una víctima más del *snobismo* !

— No la trata usted con mucho cariño, — observó Malatiré, con débil sonrisa. — ¿ Es ese el tema del artículo que va á escribirme para la *Revue* ?

— El mismo, sobre poco más ó menos.

— Ya sabe que la dejo en completísima libertad. Pero, nada menos que tres académicos han ido á pedirme que hiciera tejer coronas para esta décima musa. Dicen que, gracias á ella, la alta sociedad recobra algo de su perdido esplendor. No he de ocultarle á usted, que para interesar á la crítica en la obra de esa poetisa, mis visitantes tuvieron cuidado de advertirme que Andrés Treillard había puesto mano en el libro.

— Se ve, sin dificultad. Ese es el único aspecto interesante del libraje. Hay en él un trabajo de embutido, divertidísimo para los que somos del oficio. Pero, aparte de nosotros ¿ quién puede notarlo ?

— Y ¿ no se siente usted desarmada ? — preguntó Malatiré, con aire bonachón.

— ¡ No ! No me siento desarmada. Al contrario. Hay en la falta de pudor de esta dama, que emplea para remediar la cojera de sus versos á un verdadero poeta, algo ultrajantísimo para la literatura. Sé que hay pajareros que enjaulan á las aves cantoras, y que les sacan los ojos para que no conozcan el tiempo, ni las estaciones, ni el sol, ni la lluvia, y gorjeen constantemente. Esta dama me recuerda á esos pajareros.

— ¡Oh! Querida amiga, la Marquesa puede ser que haya enjaulado á Treillard, pero le ha dejado los ojos para que se dé el gusto de admirarla á sus anchas.

— ¡Buena! Sobre ese punto, sé á que atenerme.

— ¿Se lo ha contado á usted Treillard?

— Detalladamente.

— Luego ¿ha vuelto usted á verle?

— Hoy mismo.

Hubo una pausa. Malatiré, preocupado, bajó la cabeza. Papá Babín no pudo resistir á la curiosidad, y preguntó:

— Y ¿cómo le va á ese buen muchacho?

— Bastante mal — contestó Florisa, tranquilamente.

Malatiré alzó la cabeza:

— Usted, según parece, ha adoptado una resolución.

— ¿Se asombra de ello? — replicó la joven. — Ya sabe las ideas que tengo sobre este punto.

— ¡Las ideas! ¡Las ideas! — gruñó Malatiré — son abstracciones. Los hechos se cuidan constantemente de desmentirlas, bajo la influencia del capricho y de la sinrazón.

— ¡Ah! A usted le consta perfectamente que mis ideas me han sido impuestas por la necesidad. No hay, por lo tanto, probabilidades de que renuncie á ellas, á menos que cambiasen las condiciones de mi existencia.

— ¿Qué quiere decir eso?

— Sencillamente que si me lloviera una gran fortuna, yo soñaría probabilísimamente en cumplir los deberes de la existencia de una mujer, — deberes que son tener marido é hijos, — y renunciaría, entonces, á trabajar como un hombre.

— Si usted tuviese fortuna ¿no escribiría más?

— Indudablemente, no. Sólo comprendo la literatura como una profesión. Convertirla en pasatiempo, se me figuraría que era profanarla. Creería descender al nivel de la dama de que hablábamos hace un momento, y que exige al pobre Treillard un trabajo de ortopedia literaria. Y además, tal vez esto sea una tontería, me remordería la conciencia publicando libros que habían de competir con los de los bravos luchadores que necesitan ganarse el pan.

— ¿Según eso, la literatura sería una especie de oficina benéfica, en la cual sólo tendrían derecho á socorro los necesitados?... Eso es decir mucho, mi querida amiga. ¡Vale tanto como suprimir, de golpe, á Chateaubriand y á Alfredo de Vigny, para darnos, en cambio, á los Malfilâtre y á los Gilbert! ¡Muchísimas gracias! Esos mozos desharrapados, me hacen siempre creer que tienen más miseria que talento. Si no le parece á usted mal, convendremos en que el genio goza de derechos imprescriptibles, y que le basta resplandecer, como el sol, para explicar su razón de ser. Fuera de esto... ¡nada es nada!

— ¡Hace falta genio! ¿Quién puede vanagloriarse de tenerlo?

— Generalmente todos los que carecen de él.

— ¿No piensa Ud. — preguntó Florisa — que un pueblo, abrumado por la necesidad de escribir, presenta signos de decadencia?

— Desde el punto de vista de la virilidad, es indudable. Podrá verse, en determinadas circunstancias, agitado por sacudidas nerviosas, pero, el vigor sereno, le falta. Es un caso de ataxia. Y en ese caso nos encontramos. La sociedad francesa está atacada por la morbosidad del análisis, del comentario y de la descripción. De cada cien personas instruidas, hay cincuenta que escriben. Las otras cincuenta, querrían hacer lo mismo, y odian ó desprecian á las que lo hacen. Las modificaciones escolares que se han introducido, para mejorar la educación física, son muy plausibles. Todo cuanto quite importancia al cerebro y la aumente al músculo, contribuirá á la salvación de la raza. El día que, en nuestro país, puedan cerrarse todas las tabernas y la mitad de las escuelas, se habrá dado un paso gigantesco en el camino del progreso.

— Muy bien que se cierren todas las tabernas — observó papá Babín — ¿pero la mitad de las escuelas?...

— ¡Eh! — replicó Malatiré. — ¡Si me aprietan, diré que deben cerrarse las tres cuartas partes de las escuelas! Francia revienta por saber leer demasiado. Ha perdido la sencillez, la resignación y la bondad. ¿Cree usted que es sano, para las poblaciones rurales, leer los folletines de los periódicos de cinco céntimos, y los suplementos rellenos de literatura exci-

tante? El resultado se nota en seguida. Los jóvenes dejan los aperos de labranza por el taller, y el campo por la ciudad. No hay obreros para cultivar la tierra, y las capitales están repletas de vagos. La instrucción, en vez de elevar el alma francesa, como se gozaron en anunciarnos, la ha degradado y la ha podrido. La mayor parte de los que han aprendido á leer, lo han aprovechado para envenenarse con malas lecturas. Se han convertido en presa para los sofistas políticos y los corruptores socialistas. No se les ha dado suficiente desarrollo intelectual para que puedan comprender lo absurdo de las teorías que oyen. Pero sí entienden lo bastante para poder retener las ideas disolventes. Para remate, se ha injertado el laicismo en la enseñanza, que ha sido el colmo de la obra. Así vemos el estado en que se encuentra la sociedad actual. En treinta años, hemos avanzado tanto por el camino de la decadencia, de la ruina y del abatimiento nacional, que, hasta nuestros peores enemigos, comienzan á compadecernos.

— ¿Cómo acabará esto? — preguntó papá Babín.

— Por una formidable reacción, — contestó Florisa. — Así lo exige la lógica de la historia. No hay ejemplo de que á una era de anarquía no haya sucedido un período de tiranía. Además es una necesidad social. Es la resistencia del organismo que quiere vivir, contra la descomposición que lo invade.

— Nos hemos alejado un poco del libro de la señora marquesa de Sortais, — murmuró Malatiré

sonriendo. — ¿Cuento con el artículo de usted?

— Lo enviaré á fines de esta semana.

Sin embargo, la que en tales términos preocupaba á ingenios tan distintos, atravesaba un período de embriaguez capaz de trastornar á una cabeza más sólida que la suya. La aparición del nuevo volumen había sido, para la prensa, la señal de una campaña de reclamos estrepitosos, cuyo costo sabía el cajero de *La Librería Moderna*. Los periódicos se desbordaban en alabanzas. Poníase á la autora en las nubes, por su talento raro y delicado. Se la elogiaba por sus dotes de belleza y elegancia. Se hacían resaltar las glorias de su familia, con tal abundancia de datos genealógicos, que honraba á los pesquisidores de la heráldica contemporánea. Nada de lo que se relacionaba con la señora de Sortais y podía interesar al público, se descuidaba. Las gacetillas daban detalles de la vida íntima de la escritora, describían el cuarto de trabajo, detallaban las costumbres y hasta el traje que usaba cuando producía sus «obras maestras». Y por no olvidar nada, no se olvidaba al marido. En la prensa ilustrada podía admirarse al marqués de Sortais á caballo, con el uniforme del *Rallye-Bataillard* y la gorra de terciopelo en la cabeza, escoltado por su montero La Rosée, teniendo al alcance del látigo una trailla de cuarenta perros, tan atontados y sarnosos, como si se preparasen para tomar parte en una cacería del teatro del *Châtelet* ó de la *Gaité*.

Algunos periódicos llegaron hasta á publicar,

calificándolos de sublimes, pensamientos y frases, de una necedad extraordinaria, que atribuían á la triunfadora. La señora de Sortais, que poseía finísimo sentido de la realidad, se estremeció levemente al leer aquellas citas presuntuosas y estúpidas. Tuvo la noción muy clara de una hostilidad sorda, que se exteriorizaba en forma de exageraciones de entusiasmo, capaces de poner en ridículo al objeto de ellas. Esta táctica pérfida le hizo conocer las envidias que principiaban á sentir los profesionales, ante aquel concierto de elogios que les atronaba los oídos. Demasiado hábiles para ir contra una corriente de *snobismo* tan violento, dejaron ir con la corriente enormidades burlonas, ditirambos risibles. El procedimiento iba dando resultados, y ya, en la alta sociedad, algunas buenas amigas habían rogado á la señora de Sortais que tuviese la bondad de explicarles claramente las manifestaciones que le había atribuido el *Pavé de Paris*. Afirmaba el citado periódico, que la Marquesa, al salir del Concierto Colonne, donde acababan de ejecutarse las *Beatitudes* del gran César Franck, había dicho: «Esa música es una bóveda de coral atravesada por los rayos arcangélicos.» El redactor estampó, al final de esta frase sibilina, una interrogación, que no resultaba superflua. En los salones, las damas pedían que se les explicase el sentido oculto en estas palabras armoniosas. Aquello era la falsedad literaria, en todo su esplendor.

La Marquesa ni protestó ni rectificó. Declaró á los

que quisieron oirla, que tales manejos contribuían á consagrarla. Ser atacado, es ser temido. Sólo se teme á los fuertes. Se les ataca para destruirlos y para deshacerse de ellos...

Procuraba consolarse con esas opiniones conocidas y de uso vulgar y corriente. Pero, en el fondo de la herida abierta en su amor propio por la punta de la pluma enemiga, le quedaba un fermento venenoso que le hacía sufrir. Y el único que hubiera podido cuidarla y hacerla cicatrizar, estaba lejos de allí y permanecía invisible. Una palabra de Treillard, su presencia en aquel salón, donde durante tantísimas noches se le vió como amigo fiel y afectuoso, hubieran bastado para poner coto á murmuraciones y maledicencias. Pero, en aquella hora difícil, el « abandono » de la Marquesa por su poeta, era motivo para pérfidos apiadamientos.

— Sí, la Marquesa ha obtenido un triunfo excesivo. Treillard había sentido amargura...

— ¡ Oh ! — contestaban — ¿ Es posible que alguien sienta celos de sí mismo ?

— ¿ Qué quiere usted dar entender ?

— ¿ Bah ! Lo que todo el mundo sabe : ¡ Que Treillard es el autor del libro de la señora de Sortais !

— ¡ Qué infamia !

— ¡ No hay que asustarse ! Usted sabe perfectamente que Treillard es el Apolo de esta nueva Musa.

— ¿ Por qué no ha de haber escrito el libro nuestra querida Marquesa ? Siendo, como es bastante endeble ¿ no puede ser suyo ?

— ¡ Bueno ! ¡ Vaya un modo de defenderla !

Y así era como hablaban de la señora de Sortais sus mejores amigas. Rivalizaban en la tarea de tejerle coronas de rosas, procurando colocar hacia dentro todas las espinas, para que se le clavasen bien en la cabeza.

Rabiaban viéndose obligadas á hablar de la poetisa, y se desquitaban acribillándola con epigramas dulzones y con elogios mal intencionados.

Cierta mañana, cuando la Marquesa miraba distraídamente un diario, para ver si hablaba de ella, le saltó un nombre á la vista : Andrés Treillard. Leyó lo siguiente : « Ayer, en el saloncillo del Teatro Intimo, se efectuó la lectura de la comedia en cuatro actos, titulada *Los malos caminos*, original de Andrés Treillard. Del principal papel de mujer, se ha encargado María Froment, que acaba de regresar de una excursión por América. El hábil director Noël Parkin, ha escogido lo mejor de los principales escenarios parisienses para proporcionar al autor un cuadro artístico extraordinario. La impresión que produjo la lectura de la obra, fué excelente. Se susurra que Tavarin irá contratado para crear un personaje de excepcional relieve. Por hoy, nada más debemos decir ». Esta noticia preocupó á la señora de Sortais. Ya se explicaba perfectamente la ausencia y el olvido de Treillard. En medio de sus desengaños sentimentales, el literato había vuelto á su obra teatral y se distrajo merced á acti-

vidad fecunda. La comedia comenzada había sido concluida, y ahora iba á verse ocupadísimo con el apremiante trabajo de los ensayos. Se le escapaba. Con un esfuerzo vigoroso consiguió romper los lazos. Ahora podía prescindir de ella, y lo demostraba claramente.

Al adquirir esta convicción, la dama experimentó profundo descontento. Procuró razonarlo, y lo encontró desagradablemente complejo. Por una parte, estaba muy decidida á no acceder á las instancias amorosas del literato. Por otra parte, juzgaba ofensivo que Treillard no pusiese más empeño en conseguir lo que deseaba. Al resignarse muy pronto, no le proporcionaba las ventajas de un triunfo, largo tiempo apetecido. Además, su abandono la entregaba sin defensa, á críticas y á murmuraciones. No podía ella consagrarse á la elaboración de las gacetillas, reclamos y artículos indispensables para la buena propaganda de una obra. Era urgente ir por las redacciones de los periódicos, espolear á los compañeros indolentes, buscar los auxilios interesados, obtener las benevolencias necesarias, y contratar precio con las administraciones, para la publicación de noticias y de artículos. Tarea difícil para un literato de profesión, conecedor de todas las callejuelas del oficio; imposible para un oficinero, y, con mucha más razón, para una mujer.

Todo lo que Parisot ofreció, en concepto de reclamos, se había hecho. Pero esto era una insignificancia comparado con lo que soñaba la señora de

Sortais. El editor, á instancias de la autora de *Visiones ardientes* realizó, con dinero contante y sonante, el trabajo de propaganda. Mas, los artículos pagados, no ofrecían á la señora de Sortais la satisfacción delicada de la alabanza justa. Muchas veces, precisamente sobre lo que deseaba que no se hablase, se insistía con la insistencia de una pluma pesada y babosa, como si el redactor, socarronamente, se vengase de verse obligado á colocar sobre las nubes aquello que en lo íntimo del pensamiento le desagradaba. ¡Qué diferencia entre la labor asalariada de hoy, y el tacto y la finura de Treillard que en medio de diez comparaciones, sabía siempre elegir aquella que más agradaba á su amiga. ¡Ah! ¡elogios semivelados y acariciadores de ayer! ¡Qué satisfacciones las de entonces, en vez de los descorazonamientos de hoy!

Jamás abría un paquete de recortes enviados por la « Agencia Lince », sin sentir una palpitación honda, cual si temiese leer censuras. Sin embargo, sólo encontraba alabanzas. Las admiraciones retribuidas proseguían desbordándose en la prensa, y el triunfo de *Visiones ardientes* continuaba sin oposición. Una mañana que la Marquesa se había instalado, en la habitación que le servía de estudio, para escribir, sobre lindísimo bufeté Luis xv, unos versos que llevaba pensando más de ocho días, y que trabajosamente iban surgiendo en las cuartillas, vió entrar á su marido. Algo tan extraño le notó en el semblante, que, soltando la pluma y levantándose

vivamente, la señora de Sortais le salió al encuentro, y le preguntó :

— ¿Qué te ocurre? ¿Por qué, contra tu costumbre, entras á verme antes del almuerzo? ¿Por qué traes esa cara tan descompuesta? ¡Vamos! ¡Habla! ¿Ha sucedido algo?

— ¡Dios mío! Querida, evidentemente no ha ocurrido un cataclismo, pero tampoco es cosa despreciable. Personalmente no me da frío ni calor lo sucedido, pero por ti...

La Marquessa palideció. Tuvo el presentimiento de que iba á recibir un rudo golpe, y se horrorizó pensando que iba á ser el zopenco de su marido el encargado de darle la noticia. Ni aun tuvo tiempo para continuar el interrogatorio. Ya el Marqués había sacado del bolsillo un folleto con cubierta muy historiada, por la cual, á simple vista, conoció la señora de Sortais que se trataba de la *Revue Française*. Avanzó un paso, tomó el volumen y, como la plegadura del artículo, señalado con lápiz azul, abría el texto por el sitio preciso, recorrió con mirada rápida la página marcada. El título del artículo le flameó ante los ojos: *Visiones ardientes*, por Oliverio Juglat. Con gran presteza volvió las hojas, buscando, hasta encontrar, la firma del trabajo: Florisa Barel. Exhalando un suspiro semiahogado, exclamó :

— ¡Muy bien!

Luego, examinando á su marido :

— ¿Lo has leído?

— Claro que sí, pues para eso me han enviado esta

Revista... He querido saber á qué atenerme sobre las intenciones del articulista... Querida mía, no te espantes, esto es obra de envidia ruin...

— ¿Quién te ha dicho que me espanto? Pero, desengáñate, Florisa Barel no es una envidiosa. Tiene un espíritu demasiado altivo, para descender á bajezas de sentimiento.

— ¿En qué se ha inspirado, entonces, para escribir esta diatriba contra tu libro? Tu libro es muy notable. Todo el mundo lo dice. Toda la prensa lo proclama. No tiene la señorita Florisa Barel autoridad para cambiar la opinión general. ¡Hay corrientes contra las cuales no se puede ir!

— ¡Bueno! Te agradezco muchísimo tus elogios. También te agradezco muchísimo que me hayas traído la *Revue*. ¿Dónde piensas ir ahora?

— Al tiro del Bosque de Bolonia. Tenemos concertada una *poule* á tres pichones, para esta mañana...

— Pues acude con exactitud á la cita.

— ¡Ah! ¡Para los pichones sí que me conviene exactitud en la puntería! Pero, dime; ¿tomarás con tranquilidad esta cuestión? ¿verdad?.. Supongo que no te darás un mal rato.

— De ningún modo; ve á tus distracciones... Y gracias por el interés...

— Entonces... ¡hasta luego!.. Mira, el contenido del artículo no es muy fuerte.

— Voy á verlo ahora mismo.

Tomó asiento ante el tallado bufete, empujó las

cuartillas diseminadas, las reunió y clasificó cuidadosamente en elegante cartapacio, y colocó la *Revue* abierta, para leerla cómodamente. Desde los primeros renglones, la respiración se le entrecortó, demudóse, las lágrimas se le agolparon en los ojos, y, con los labios agitados por estremecimiento nervioso, continuó la lectura del terrible artículo que le había dedicado Florisa. Todo cuanto de amargo puede inspirar el desdén á un cerebro superior, lo lanzaba el articulista sobre Oliverio Juglat. Con refinamiento de crueldad que hacía temblar á la señora de Sortais, Florisa referíase no sólo al escritor, sino también á la mujer, y, desgarrando el velo del incógnito guardado por la Marquesa, bajo el antifaz arrancado á Oliverio Juglat, ponía de manifiesto el rostro de la dama aristocrática. Luego, con soberana elevación de pensamiento, con habilidad técnica implacable, desmenuzaba, estrofa por estrofa, las *Visiones ardientes*, y demostraba ferozmente la pobreza y la desnudez de aquellas poesías tan bien acicaladas por su autora.

La señora de Sortais, aterrada, se detuvo. Enjugóse con el pañuelo la frente húmeda, y permaneció helada. Mentalmente evocó el altivo rostro de Florisa Barel, tal cual lo viera en los grabados de la prensa ilustrada y en fotografías de los escaparates de libros. Y en la bella y tranquila fisonomía de la escritora, no acertaba á encontrar nada de vulgar ni de bajo, nada que acusase envidia ó mala intención. Entonces ¿por qué atacaba sañudamente á Oliverio

Juglat, golpéandole como se golpea al enemigo que se quiere exterminar? Florisa no atacaba sólo á la obra poética de la Marquesa. Ésta, con instinto muy certero de la realidad, lo comprendió en seguida. Había ataque personal en la crítica. No se trataba sólo de hacer disección de un libro, mostrando la endeblez de los asuntos y el desacierto del desarrollo en la forma. El golpe iba derechamente al autor. Se veía el deseo de herirle. Y el cuidado de identificar realmente á la Marquesa, de desenmascararla, de colocarla muy en evidencia, como para que sirviese de blanco á todos los dardos que se le disparaban, era revelación de preocupaciones ajenas á la literatura.

— ¿Qué le he hecho á esta mujer? — se preguntaba la señora de Sortais. — ¿Por qué me aborrece? Es imposible negarlo: ¡Me aborrece! Cada adjetivo revela cólera ¿Hay en esto algún asunto amoroso? Pero ¿por quién?

Mentalmente, con rapidez, la dama pasó revista á los hombres que la habían amado. En lo pasado, no halló ninguno que pudiera legitimar tan rudas represalias. En el presente, el barón de Roize era desconocido en el mundo de las letras. La señora de Sortais se sobresaltó: Andrés Treillard, sombrío, inquieto, desgraciado, acababa de imponérsele brusca-mente en el pensamiento. Instinto infalible le dijo que de allí salía el golpe. Pero ¿cómo, en qué condiciones y á qué precio, había sido dado? Esto era lo que importaba averiguar. ¿Era Florisa Barel la mujer celosa que se venga de la rival preferida? ¿Era

la amiga que hace suya la ofensa del hombre maltratado por la mujer amada? Fuese lo uno ó lo otro el problema merecía resolverse. El incidente, en un momento, adoptaba proporciones muchísimo mayores de lo que pudo prever la señora de Sortais. No era sólo el libro el que estaba en tela de juicio, era ella en persona. El público, corto de vista, se detendría en las apariencias y sólo se fijaría en la crítica literaria. Pero, para la Marquesa, resultaba indispensable llegar al fondo de la situación y sacar audazmente todas las consecuencias.

Se marchó á casa del editor. Ante todo quería hablarle. Daba por supuesto que conocía el artículo de Florisa. Seguramente habría sido el primero en leerlo, como todo lo que se relacionaba con la negocios de la Casa. ¿Qué opinión tenía? Convenía saberlo.

En el despacho, en compañía de un almacenista de papel, con el cual estaba concertado una compra, Parisot, fríamente y, sin embargo, elocuentemente, con acento duro y brutal—porque poseía muchas inflexiones de voz, según la clase de personas con quienes trataba—defendía sus intereses. Cuando el ordenanza le pasó la tarjeta de Oliviero Juglat, el editor remató sus argumentos con un: « Así, ó de ningún modo », que determinó la conformidad inmediata. Con este demonio de hombre, cuyo crédito era tan sólido, no había más remedio que ceder siempre.

Parisot despidió al almacenista de papel, y recibiendo á la Marquesa, con amabilísima sonrisa:

— Adelante, señora, la esperaba.

— ¡Ah! — exclamó la señora de Sortais.

— Sí ¡calculé que el artículo de Florisa Barel me proporcionaría la visita de usted! No me he equivocado. Por que ¿no es cierto que viene á hablarme de ese asunto?..

— Lo ha adivinado usted perfectamente. Y, ante todo, dígame lo que opina.

— Opino que es excelente para el libro.

— ¡Lo hunde!

— Pero hace que se venda. Van despachados doscientos ejemplares sólo en esta mañana.

— ¡Buen provecho, si el autor resulta asesinado!

— Nunca resulta asesinado un autor. ¡Se resucita de esas muertes! Conozco á muchos asesinados varias veces, y que se encuentran muy bien. Lo importante es vender. Los que no venden, son los únicos muertos.

— Usted habla como editor que da salida á su mercancía. — replicó con acritud la señora de Sortais.

— Pero, yo, ¿qué debo pensar después de las tremendas heridas que he recibido?

— ¡Ah! ¡Ya! Señora, esa es cuestión distinta. ¿Viene usted á preguntarme qué alcance tiene el artículo de Florisa, ó los motivos secretos porque se ha escrito?..

— Quiero saber por qué esa joven me ha tratado así, y cómo debo tratarla yo.

— ¡Perfectamente! Vamos á explicarnos con toda franqueza. Es eso lo que usted quiere ¿verdad? Y

de antemano, me perdonará si me veo obligado á decirle cosas que le han de desagradar...

— ¡Nada de reticencias!.. Tengo confianza con usted. Además, no oiré más que aquello que me agrade tolerar que se me diga...

Ante estas palabras, en las cuales el orgullo de la dama aristocrática se manifestaba en toda su amplitud, sonrióse Parisot. La inflexión de su voz se tornó untuosa, blanda, acariciante.

— No sienta recelos hacia mí. Si yo tuviera que guiar á usted, sabría hacerlo, con todas sus consecuencias. En lo ocurrido, nada hay de sobrenatural. Treillard ha sido adorador ferviente de usted, y, con anterioridad, rindió culto á Florisa Barel. Usted le ha quitado, por lo tanto, el galán á Florisa. Celos femeninos. Eso es todo.

— ¿Ha sido, Treillard, amante de Florisa?

— No. Quiso casarse con ella, y la señorita Barel rehusó.

— Entonces ¿qué reclama?

— ¡Ah! Puede que sienta remordimientos. ¡Eh! usted sabe que no es raro desdeñar á un amor rendido, á condición de que continúe fiel. Pero si se marcha á mariposear por doquier...

— Entonces, los móviles en que se ha inspirado la autora del artículo, no pueden ser más bajos. Me lo habían dicho, pero no quería creerlo. Así, pues, ¿qué mentalidad es la de esa Florisa, cuando pone su pluma al servicio de rencores personales? ¿Soy yo responsable de las preferencias del señor

Treillard? Y, además ¿á qué conduce este ataque? La señorita Barel está mal informada: su amigo ya ño me visita. Se enfriaron nuestras relaciones hace muchas semanas, y es muy probable que no vuelva á verlo más.

Parisot, con aire meditabundo, se rascó la barba. Reflexionó un instante, y dijo:

— ¿Cómo ha aceptado Treillard esa desavenencia de que usted me habla? Porque yo lo veo á menudo, y no me ha hablado palabra del asunto.

— Pues me figuro que ha debido aceptarla con tranquilidad, toda vez que no he vuelto á verlo, á pesar de los pasos que, para atraerle, he hecho dar á personas de mi intimidad.

— Luego ¿ha sido él, entonces, el que se ha enojado? ¿No es usted la que rompió?..

— ¿Romper?.. Tenga la bondad de permitirme que detalle las condiciones en las cuales se establecieron nuestras relaciones. Treillard iba á visitarme, como amigo de confianza. Formé el proyecto de favorecer sus ambiciones legítimas ayudándole por mediación de amigos míos muy influyentes.... Quise que fuera el candidato de un grupo aristocrático, con ramificaciones en la Academia. Todo se reducía á vivir algunos años agradablemente, en la mejor sociedad, produciendo obras pensadas y escritas con gran esmero. No sé que crisis de bohemia ha trastornado el rumbo de las ideas de Treillard. Pero, bruscamente, ha vuelto la espalda á mi casa, ha roto conmigo y se ha lanzado de nuevo en su mundo

literario, donde nada puede ganar y hay mucho que perder.

Parisot movió la cabeza :

— Usted, señora, llama á ese cambio de vida, una crisis de bohemia. Creo que se equivoca. Conozco á Treillard desde que principió su carrera literaria. Es un muchacho muy digno, muy juicioso, incapaz de malgastar un céntimo, que siempre ha trabajado mucho y que ha evitado, en lo posible, figurar en las reuniones de literatos. Es un taciturno y un solitario. Nunca se le ve en esos cafés, centros de charlatanismo, donde los periodistas se reúnen para tomar la consigna del día. No frecuenta las redacciones, donde los compradrazgos útiles se entablan con facilidad vulgar. Más fácil es que lo tachen de *poseur*, que de bohemio. Todo, en la vida que vivía junto á usted, debía agradarle por el refinamiento de trato, por la delicadeza de las costumbres y por la esquisitez de los gustos. Cuando se ha marchado bruscamente, es seguro que lo ha hecho por razones que usted desconoce, pero que no pueden ser las que acaba de indicarme.

La señora de Sortais no se dignó discutir con el editor ; había dicho lo que quería decir, y le importaba muy poco lo que pudiera pensar Parisot. Buscó otro aspecto del asunto, y preguntó :

— ¿ Cree usted á la señorita Barel capaz de haber escrito el artículo cediendo á instigaciones de Treillard ?

— Ni á ella ni á él, los conceptúo capaces de semejante villanía.

— Sin embargo, hubieran podido reconciliarse, aliándose contra mí.

— ¿ Con qué interés ?

La señora de Sortais movió la cabeza :

— ¡ Eh ! ¿ No es interés bastante el de enclavar á un compañero en la picota ?

— Eso es descender á los procedimientos más viles de la profesión literaria. Ciertamente que no están abolidos y que, á diario, en esta época de *arrivistas* feroces, asistimos á ejecuciones de ese género. De cualquiera que no fuese Florisa Barel, diría yo : ¡ es posible ! Tratándose de ella, repito : ¡ es inadmisibile ! A riesgo de enojar á usted, debo afirmar que Florisa piensa y cree lo que ha escrito. No hay más que un camino que seguir, para tomar el desquite : obtener que un escritor de talla conteste á la crítica, oponiendo artículo á artículo.

Al oír estas palabras, sonrisa indefinible plegó los labios de la señora de Sortais ; el rostro se le despejó hasta aparecer radiante. La transformación fué tan completa, que Parisot no pudo menos de preguntar :

— ¿ Ha dado usted, por ventura, con una combinación satisfactoria para sus intereses y para su amor propio ?

La Marquesa hizo un gesto evasivo.

— En efecto, tal vez, de ese consejo, haya formado un esbozo de proyecto... Es preciso defenderse ; no

es verdad? Me atacan rudamente y debo ingeniarme para evitar los golpes y para devolverlos. Reflexionaré. Indudablemente tiene usted razón. Lo que necesito es una respuesta que venga de arriba y que aplaste á esa Florisa. Buscaré la personalidad literaria más adecuada para encomendarle la tarea de vengarme...

Se levantó para despedirse. Parisot, mirándola con el rabillo del ojo, se decía:

— ¡Vamos! No necesitará buscar mucho; ya tiene hecha la elección.

— Hasta la vista, querido señor, — exclamó la señora de Sortais. — No descuide la propaganda de mi libro... Toda vez que me dice que ese atroz artículo ha animado la venta, aprovechémonos de ella. Siempre será botín ganado al enemigo...

Tendió la mano al editor, y, desde la puerta del despacho:

— Gracias por los consejos que me ha dado usted; son muy discretos, y procuraré sacar partido de ellos...

— De seguro triunfará, — dijo galantemente Parisot. — Creo que es usted de las personas á la cuales nada se resiste.

— ¡Ya lo veremos!

Y, con paso rápido, se alejó, perdiéndose su elegante silueta en los sombríos pasillos cuyos muros estaban cubiertos por estanterías llenas de libros.

V

Se celebraba en la Comedia Intima la quincuagésima representación de *Rayo de sol*, obra á la cual debía reemplazar en el cartel la primera producción de Treillard. En las gacetillas teatrales de los periódicos se había hablado vagamente de una fiesta ofrecida por el autor y por el director á los intérpretes, para celebrar el medio ciento de representaciones, con la esperanza de animar al público para otra nueva serie próspera. Treillard, que tenía necesidad de hablar con el director, Noel Parkin, se dirigió, después de comer, hacia el teatro. No le disgustaba poder ver á una actriz jovencita, á la cual no conocía, y que Parkin le recomendaba con insistencia extraordinaria para el desempeño de uno de los papeles secundarios de la obra. A juzgar por los elogios del director, se trataba de una Réjane en miniatura. Tenía veinte años, belleza, *chic* y talento henchido de esperanzas.

— Venga á verla, sin avisar, — le había dicho